

«Cuando Catilina ve a sus tropas dispersas—dice Salustio—, y que sólo él sobrevive con un puñado de los suyos, se acuerda de su nombre y de su dignidad; se precipita en las filas más espesas del enemigo y muere combatiendo».

Un hombre que así murió, no es el asaltante, el malhechor, el anarquista temible que la oratoria de Cicerón dejó como sentencia lapidaria, «grabado a fuego en materia imperecedera, por el talento de sus adversarios» repitiendo la feliz expresión del autor.

El libro del Dr. Palacio, de un mérito indiscutible, honra a las letras argentinas y sudamericanas y nos permite saborear el orgullo de que en estas tierras de América hay valores intelectuales capaces de destruir otra leyenda negra de la historia.
—GUILLERMO IZQUIERDO ARAYA.



<https://doi.org/10.29393/At267-28MCSC10028>

MARÍA CONSUELO GARAY, *por* S. C. Buenos Aires, Enero de 1947.

Cada ser lleva un mar oculto donde se le ahogan los pensamientos cuando ellos son densos. Mar que a veces no pesa porque en el silencio se siente, como caricia el golpear sucesivo de las pequeñas olas que tejen para el oído su milagrosa canción de espumas. Pero que en otras, es material de derrota que pesa, y torna las aguas oscuras y crueles.

Esta mujer honda y plena que es María Consuelo Garay tiene su espíritu cruzado por tempestades y por bonanza, de ahí que viajemos por su poesía enredándonos el alma en su esperanza o hundiéndonos en sus abismos.

Oigámosla decir alborozadamente:

«Hoy mi cuerpo joven tiene olor de selvas,
tibiezas de nidos y fulgor de estrella,
huelen mis cabellos por agua empapados,

se ríen mis ojos... tienen mis pestañas
últimos diamantes, caricias del agua...
Me toco, hasta creo tener suavidades
de rosas. De estatua nada hay en mi carne».

La lluvia, danzarina del aire, la tienta con su música leve
y canta con la voz empapada en ansiedad.

«Cuántas veces yo sueño mientras llueve
darme a la lluvia, seca la garganta,
Puro en su desnudez mi cuerpo breve
Como un emblema que la vida imanta.
Darle a sus gotas mi tentada nieve
Sintiendo que mi sed siempre agiganta.
Cuántas veces yo sueño cuando hay viento
ofrecerme a su brusco y loco viaje
Y sentir que en sus labios soy un cuento
De amor que aventará en algún paisaje».

Estamos espigando estas estrofas en su primer libro «Extasis», y nos dice con voz íntima de aquel deseo que brotó del alma y la abandonó sin realizarse siquiera.

«Fué un deseo tan leve, ni pude perfilarlo.
Fué en esos días tristes sin forma ni color,
que casi en la inconsciencia entregamos el alma
en las manos del tedio, como vieja labor»!
Era de polvo... polvo de azucenas marchitas.
Era de espuma... espuma de mis olas más suaves.
Era de nieve... nieve de mis cisnes más albos
Era una nota aislada y un alejar de naves
Se perdió. Nunca pude saber lo que deseaba
Y su espuma intocada me es hoy recuerdo breve.
Y cae sobre mis ansias un polvo de azucenas.
Ni pude perfilarlo. Fué un deseo tan leve».

Va al campo y mira como el surco ávido destroza las fuerzas del labriego y con la voz empapada en lágrimas dice:

«De la diaria labor en lo anónimo
con su mano agrietada y bendita,
el obrero escribió su cansancio
«abriendo las tierras, ahondando semillas.
Y de frutos colmóse tu troje.
El obrero anudó su fatiga
a la harina del pan que te hizo,
en tanto que el hambre quemaba sus días».

La pasión no saciada, la hace cantar en «Muerte lenta».

«Sueño que soñara un día
por soñarte a ti otra vez,
sueño que en la noche fría
fué la angustia de un ciprés:
Ansia que yo ansiara un día
por ansiarte a ti otra vez,
ansia que fué la agonía
de unas flores en mi tez».

Luego, ante lo estéril de su esfuerzo se tiñe su palabra de hondura para decir su imprecación:

«Y hasta la boca altiva pedir pudo
en voz baja cual una pordiosera.
Y pudieron ceñir aún más los brazos
Y palpitó mi carne de sedienta.
Pero caí vencida, con los brazos
rotos por el esfuerzo que enajena.
No querré ya clamar y dar la vida
a una estatua de piedra!

Femenina y dolorosa se ha tornado resignada; no hay altivez en estas estrofas manchadas de melancolía:

«¡Nochebuena!... y estás entre otros brazos!
Mis besos tejen sombra entre los labios.
Mañana tus pupilas hablarán
del último temblor de las caricias
y la hora de amor ha de cuajar
en tus ojeras hondas su amatista.
¡Nochebuena! en tu cáliz, angustiados
se enroscan mis dos brazos como cintas.
La soledad es un cuerpo milenario
que impaciente mis manos acarician».

María Consuelo Garay ha ido en palabras dibujándonos sus perfiles de inquietud. Su primera cosecha lírica ya está desmenuzada por nosotros; llega ahora su canto madurado por la vida y por los años. La autora de «Exaltación» deja paso ahora a la que entrega nuevas vides de sentimiento y de amargura.

Frente a su segundo libro «Locura de cien distancias» sentimos que crece su dimensión poética y a ratos se nos pierde ella, extraviada, por nuevas rutas que le llevan el paso absorto.

«Pájaros de la noche picotearon mis dientes,
Pájaros de la tarde, ahuyentaron mi calma,
Flechas de luz y sombra marcan todos mis pasos
Flechas de fuego velan en mi vida, inclinadas.
La yema de mis dedos recorre los tatuajes
del dolor que encadena, la miseria que ladra.
Voy arando los cielos, indagando semillas
y me dobla el crepúsculo como una flor crispada.
Espiral de silencio me retuerzo en mí misma
y agobio con silencio los huecos de la casa».

El mar se ha tornado denso y cruel y rompe con su oleaje tenaz las florecillas leves que adornaban su orilla.

Y le pesa tanto que a ratos parece como si cargara ella a sola todo un universo de presagios.

«Oh, me pesa el cerebro.
Lágrima condensada de la noche
o piedra
substancia cósmica encerrada
en vaso humano
de huesos o de barro
... pesa!
Si parece de fuego! A veces seca
mis ojos y mi savia,
mi emoción de la carne,
mi dolor ancestral del sentimiento.
Tengo miedo,
llegar a ser un día
tal sólo mi cerebro».

Ya desgajada en todos los gritos, de vuelta de todos los senderos, dice con una experiencia milagrosamente sabia.

«Collar de días que desenhebro al absurdo
de haber nacido con la pulpa triste
para la mordedura del amor.
De ese amor
que me vistió de largo
y me pulió los senos
y me engrosó los labios».

Su «Canción que recuerda un día de Paz» le trae reminiscencia de lo que fuera su martirio, pero ya ni siquiera levanta las palabras, las deja ir como peces escurridizos por el silencio que la circunda.

«Cuatro vientos me azotaron
la cara, un día de paz.
Sus dagas en cruz cortaron
las amarras de mi afán.
Frutos de sal deshicieron
contra mi boca el golpear
y acercaron lejanías
con pinceladas de cal.
Los horizontes resbalan
—vivos peces de azafrán—
Palabras de nervios rotos
pierdo aquí, recojo allá.
Torcida sed me desvela
que caí en el arenal
y en madrugadas rugosas
hallé de bronce mi pan».

La maternidad le deshoja ahora las voces como, pétalos
claros; quedan atrás las angustias, adelante ya se ve la luz del
hijo encendiéndole los caminos.

«Cuajó en mi cuerpo el milagro.
Mano que agranda palomas
y desparrama horizontes
me hizo refugio de ola.
Me regó el amor más alto.
—contorno de surco abierto—
mezclado en goces y llantos
con brecha de sueños muertos.
Diseño de fecundada.
Espiga que acecha al cielo
y pesada curva guarda
harinas de amor completo.

Alguien me empuja las venas
que le llevan alimento.
Como en el árbol el brote
me va descifrando el cuerpo».

Todavía el hijo no rompe con su telaraña de sueños esta soledad que dice con voz de lágrima.

«En la noche mitad cobre
y hurtado goce mitad,
lavan mis voces de sueño
cauces de mi soledad.
Sombra y color de la fruta
maduro tiempo de queja.
Los cauces lavan y lavan
desandando obscuras venas
¿Qué cuidado y engañoso
temor les crece en la sed?
Y qué audaz viento de cobre
sesga la palabra fiel?»

En «Gozo para mi encuentro» su amargura tiene casi bordadura de milagro.

«Apacentando voces que nunca han sido fieles
y alimentando lunas que no me dan su flor
me pierdo a veces sola desaliñando imágenes
y soy río sin nombre y máximo temblor.
Mas si regreso al gozo de mi emoción primera
y me encuentro en mi nombre y me anuncio en mi voz
siempre en mi vida el canto va de mi boca al viento
como del viento al labio va el aliento de Dios».

Ha madurado su emoción y ahora, tiene ella un hijo para decirle al oído este poema en prosa que es una oración de ternura:

«De tu asombro a mi experiencia, rodó la pregunta arqueada en ingenuo atisbo. Y algún día tendrás respuesta. Algún día sabrás por qué razón impostergable te gestaste en mi vientre. Y creerás en mí. —Entonces de el abismo de tu sangre sentirás mi fervor. Aquel que me movió para reclamarte. —Porque estabas en mí desde siempre, en mi voz, en mis dedos en este soñarte doloroso y dulce, de mi cuerpo de pájaro con árbol y sin nido. Siempre con la inmensidad doliéndome en los ojos. Estabas en mí pero yo tenía el vientre vacío, como océano sin peces. Y los pies impudicamente ligeros y las manos agitadas. La boca agri-dulce y el cuerpo ágil. Y los senos, harina siempre codiciosa».

Así, enredada en músicas se aleja María Consuelo Garay de la órbita de nuestro sueño.

UN LIBRO DE POEMAS Y UNAS DOCTRINAS LITERARIAS

(A propósito de la publicación de «Poemas sin fecha»,
de Jorge Gustavo Silva)

Ha de reconocerse que el libro que, con el título de «Poemas Sin Fecha», acaba de publicar en Santiago este hombre «proteiforme» (según la expresión usada por el profesor Samuel Gajardo, en crítica reciente) ha sido acogido con generales simpatías. Díganlo, si no, Alone, Luis Durand, Samuel Gajardo, Daniel de la Vega, Eleazar Huerta, Andrés Sabella, Juan Bardina, y otros periodistas y escritores, que han dedicado a «Poemas Sin Fecha», elogiosos artículos. En los cuales, además del texto mismo del libro, han comprendido al *Memorandum Autobiográfico* que le precede.